

EL COLOR CAQUI

*Ahora vivimos en paz y confiados
Se mire a donde se mire, soldados.
Ustad Daman (1959)*

El 19 de septiembre de 2001 el general Pervaiz Musharraf apareció en televisión para informar al pueblo de Pakistán de que su país participaría hombro con hombro junto a Estados Unidos en el bombardeo de Afganistán. Visiblemente pálido, sudoroso y pestañeando sin cesar, parecía una persona que acaba de firmar su propia sentencia de muerte. La instalación del régimen talibán en Kabul había sido el único éxito en política exterior del ejército de Pakistán. En 1978, Estados Unidos había recurrido al general Zia-ul-Haq, dictador militar del país, cuando precisó un subordinado de confianza para gestionar su *yihad* contra el régimen prosoviético radical de Afganistán. Después de aquello, el Interservicio de Inteligencia de Pakistán (ISI) se convirtió en un ejército dentro del ejército, cuyo presupuesto era alimentado en gran medida directamente desde Washington. El ISI supervisó el ascenso de los talibanes al poder durante el gobierno de Benazir Bhutto a mediados de la década de 1990, controló la infiltración de hábiles saboteadores y asesinos en la parte de Cachemira controlada por la India y mantuvo un contacto directo con Osama bin Laden. Los sucesores de Zia se felicitaban confiando en que su nueva Provincia del Noroeste compensara la escisión de Bangladesh en 1971.

Ahora había llegado el momento acatético de destejer lo tejido: había que dismantelar el protectorado talibán y capturar a Bin Laden «vivo o muerto». Pero tras haber desempeñado un papel tan decisivo en la instalación del fundamentalismo en Afganistán, ¿aceptarían el ejército pakistaní y el ISI el mandato de sus superiores extranjeros, poniéndose a la vanguardia del brutal intento de erradicarlo? Musharraf estaba evidentemente nervioso, pero la Agencia de Inteligencia Militar estadounidense no se había equivocado: en último análisis, los generales pakistaníes seguían siendo más leales a la institución que los llevó al poder –y a sus patrocinadores internacionales– que a ideas abstractas como democracia, islam y hasta Pakistán.

Los cincuenta y cinco años de historia del país han contemplado una serie de prolongadas contiendas entre generales y políticos, con los funcionarios civiles como segundones de uno u otro bando. Las estadísticas muestran claramente al vencedor: mientras que los representantes electos han gobernado el país durante quince años, y burócratas incontrolados y sus dóciles portavoces durante once, el ejército se ha mantenido en el poder durante veintinueve años, y hay quienes sugieren que se podrían cambiar los colores de la enseña nacional blanquiverde por el caqui¹. Es un historial desalentador, pero el alto mando pakistaní nunca ha tolerado durante mucho tiempo la interferencia de los políticos civiles. El último dirigente elegido, que creía tener al ejército firmemente bajo control, Zulfiqar Ali Bhutto, se vio cruelmente desengañado. En 1977, por órdenes del general Zia –un antiguo valido al que Bhutto había ascendido pasando por encima de otros cinco oficiales superiores más meritorios–, el primer ministro fue depuesto y dos años después ahorcado².

Tras la repentina muerte de Zia en 1988 se alternaron en el poder el Partido Popular de Pakistán de Benazir Bhutto (1988-1990; 1993-1996) y la Liga Musulmana de Nawaz Sharif (1990-1993; 1997-1999). En 1998 parecía como si Nawaz Sharif –probablemente el político más venal del país– estuviera olvidando las lecciones de la caída de Bhutto. La tambaleante economía del país se vio al borde del colapso cuando la crisis financiera del sureste asiático barrió la región, exacerbada por las sanciones estadounidenses impuestas tras las pruebas nucleares indo-pakistaníes de 1998 (Clinton intervino más tarde para aliviarlas alegando los intereses de la seguridad nacional estadounidense). El jefe del Estado Mayor, general Karamat, propuso la creación de un Consejo de Seguridad Nacional para hacerse cargo de la situación, en el que el ejército desempeñaría un papel de primera línea. Nawaz Sharif lo destituyó en octubre de 1998 y nombró jefe de Estado Mayor a Musharraf.

Seis meses después, bajo el mando de Musharraf, el ejército pakistaní lanzó su ofensiva contra Kargil, ocupando alturas estratégicas en la Cachemira india. Nawaz Sharif se vio sometido inmediatamente a la presión estadounidense y en julio de 1999 ordenó la retirada de sus tropas convirtiendo en derrota diplomática lo que ya era una victoria militar, en opinión del alto

¹ Caqui: del inglés *khaki*, tomado del vocablo que en hindi, punjabí o urdu alude al color del polvo, *khak*. Tela resistente, cuyo color varía desde el amarillo ocre al verde gris, empleada principalmente para uniformes militares. Fue utilizada en la India para los uniformes del Guide Corps con Lamsden y Blodson en 1848, por los soldados que reprimieron el Gran Levantamiento de 1857-1859 y en la campaña de Afganistán de 1878-1880.

² Zia-ul-Haq, quien se hacía pasar por islamista, había sido entrenado en Fort Bragg y gozó de los favores de la DIA estadounidense. Participó activamente en operaciones de servicio al Imperio en Jordania durante el Septiembre Negro de 1973, al mando de un grupo de mercenarios de Tel Aviv y del rey de Jordania que intervino en el aplastamiento de la revuelta palestina. Murió, junto con el embajador estadounidense Arnold Raphel, en un avión militar que explotó en pleno vuelo en agosto de 1988. Los «terroristas» que cometieron este atentado nunca fueron descubiertos.

mando. Contando claramente con el apoyo de Washington, trató de intrigar contra Musharraf en el seno del ejército, quejándose en público de que no había sido consultado sobre la iniciativa de Kargil. En octubre de ese mismo año, mientras Musharraf visitaba Sri Lanka, la televisión pakistaní anunció que el jefe del Estado Mayor había sido destituido y, cuando regresaba al país, se denegó el permiso para aterrizar a su avión. Bien mientras sobrevolaba Pakistán con las reservas de combustible a punto de agotarse, bien tras su aterrizaje, Musharraf dio la orden de arrestar a Nawaz Sharif. Alegando que se había visto «obligado a actuar, para evitar una desestabilización mayor del ejército», Musharraf suspendió el Parlamento y la Constitución, se autoproclamó «jefe ejecutivo» del país y estableció como gobierno un Consejo de Seguridad Nacional (la Administración de Clinton obtuvo para Nawaz Sharif un destino más suave que el sufrido por Bhutto, sacándolo de prisión para enviarlo a un confortable exilio en Arabia Saudí).

Aplausos liberales

En un primer momento, se produjo cierto regocijo, tanto en el país como en el extranjero, ante el cuarto golpe de Estado del ejército pakistaní en varias décadas. A la alegría popular por librarse de Nawaz Sharif se añadió la novedad de una toma del poder por los militares frente a la que la Casa Blanca no ocultaba su disgusto, lo que unido a la retórica seudomodernista del nuevo gobernante suscitó una oleada de amnesia. Era como si la institución que había dominado la vida política del país durante tantas décadas hubiera dejado de existir o experimentado una transformación milagrosa. Expertos liberales de Nueva York y Lahore se sintieron desorientados, mientras que Anatol Lieven, de la *London Review of Books*, describía la Administración de Musharraf como «la más progresista que ha tenido Pakistán en toda una generación»³. La mayor parte de los ciudadanos se mostraban más escépticos, indiferentes al destino de sus políticos y con pocas ilusiones sobre el carácter o papel del ejército.

Al igual que sus predecesores uniformados, Musharraf prometió inmediatamente acabar con la corrupción, una reforma agraria, impuestos para las clases medias, erradicar la pobreza, educación para los pobres y restaurar la democracia real. El camino pakistaní hacia el absolutismo siempre está empedrado con ese tipo de intenciones. ¿Por qué se engañaron tantos comentaristas liberales? En parte se trataba de pura desesperación. Frente a los pésimos resultados de los políticos electos durante la década de 1990, parecían dispuestos a agarrarse a un clavo ardiendo. También les engatusó la retórica de Musharraf, repleta de referencias exaltadas a Kemal Atatürk, y su procedencia sociocultural relativamente infrecuente. A diferencia de la mayoría del alto mando militar, Musharraf no es de origen punjabí. No estaba vinculado con la elite terrateniente tradicional que

³ Anatol LIEVEN, «In Pakistan», *LRB*, vol. 23, núm. 22, 15 de noviembre de 2001.

ha venido dominando el país, ni tampoco figuraba en la nómina de algún millonario de la heroína o de algún industrial corrupto. Su familia, educada y laica, había abandonado Uttar Pradesh durante la Partición de 1947 buscando acogida en la Tierra de los Puros. Tras el ascenso de su hijo a la fama, su madre reveló casualmente en una entrevista que durante la década de 1950 habían influido sobre ella intelectuales progresistas como Sajjad Zaheer y Sibte Hassan⁴. Nunca dijo haber transmitido genéticamente esas opiniones a su hijo, pero la gente desesperada deposita sus esperanzas en cualquier quimera.

Al cabo de unos meses de la toma del poder por Musharraf, no obstante, había ya ostentosas señales de que nada sustancial iba a cambiar. El jefe ejecutivo había nombrado al general Amjad, su amigo y colega, como jefe de la Oficina Nacional de Investigación Contable, encargada de la erradicación y castigo de los oficiales, políticos y hombres de negocios corruptos. Se decía que Amjad era uno de los pocos altos oficiales de ejército con las manos limpias. Su reputación de hombre «respetuoso con las reglas» le había ganado fama de bicho raro ya en sus primeros destinos. Se cuenta que se negó a permitir a un general utilizar las instalaciones del ejército para una cena privada, pese a sus insistentes presiones. Sus colegas, desconcertados por esa severidad, se reían de él en público, mostrando hacia él en privado, aunque a regañadientes, cierto respeto.

La decisión de Musharraf de poner a Amjad al frente de la ONIC podía haber tenido serias consecuencias. Al cabo de dos semanas había contratado en Estados Unidos los servicios de un conocido abogado inconformista, William Pepper, para seguir la pista del dinero evadido al extranjero por Benazir Bhutto y su marido, Asif Zardari; asimismo ordenó la detención de

⁴ Esa información no tuvo mucho impacto en un país cuya propia historia apenas se enseña en la escuela ni en la universidad. Zaheer y Hassan fueron dos de los críticos literarios más sutiles del subcontinente indio. Ambos se incorporaron al Partido Comunista de la India durante la década de 1930 y eran miembros de su Comité Central en 1947. Tras la Partición, siendo como eran importantes comunistas de origen musulmán, fueron enviados a Pakistán para ayudar a organizar allí el partido comunista, que había quedado desprovisto de sus cuadros en la región, ya que la mayoría de éstos eran hindúes y sijis. Las capacidades intelectuales de la pareja no se transmitieron automáticamente al plano organizativo. Bajo la presión para obtener resultados tras el delirante giro putschista de la Cominform en 1948, los dos pasaron a la clandestinidad. Zaheer se convirtió en profesor de literatura urdu y se ocultó en nuestra casa. El inspector general de las fuerzas de policía del país, que era tío de mi madre, se encontró allí con él por casualidad y quedó encantado. Más tarde ambos intelectuales participaron en un intento chapucero de toma del poder, en coalición con elementos nacionalistas del ejército. Un oficial tuteante se echó atrás e informó a sus superiores. Un general y varios oficiales fueron juzgados en consejo de guerra y el partido comunista, prohibido. Zaheer, Hassan y el poeta Faiz Ahmed Faiz acabaron en prisión. Al inspector general de la policía no le hizo ninguna gracia comprobar que su nombre era el quinto en una lista de notables que debían ser ejecutados sin juicio, y menos aún descubrir que el simpático profesor con el que había cenado era el autor de la lista. Jawaharlal Nehru, amigo de la familia de Zaheer, intervino en su favor, por lo que fue liberado y regresó a la India. Fue bastante audaz por parte de la madre de Musharraf recordar su amistad con dos traidores convictos.



industriales que habían pedido créditos a los bancos sin pagar siquiera los intereses. Todos los periódicos publicaron una lista de políticos que habían hecho otro tanto. Esa puesta en la picota suponía un castigo psicológico pero era insuficiente para curar el cáncer. Al parecer Amjad le dijo al jefe ejecutivo que para afrontar seriamente el problema sería necesario crear en el país al menos una institución fuera de toda sospecha; sólo entonces se darían por enterados los funcionarios y políticos. Pero cualquier limpieza a fondo de los establos de Augías habría requerido la detención de docenas de antiguos y actuales generales y almirantes, premiados con largueza por sus servicios al país con la posibilidad de implicarse en la corrupción a gran escala. Como es lógico, Musharraf retrocedió ante esa propuesta, temiendo que dividiera y desmoralizara a los jefes militares y condujera a una quiebra de la disciplina. Y si se relajaba la disciplina el ejército pakistaní podía comenzar a parecerse a otros ejércitos de Oriente Próximo o de América Latina, en los que cualquier mindundi, sin importar su graduación, podía aspirar al poder. Amjad fue apartado en silencio, nombrándolo primero comandante de Cuerpo y luego director de la fundación Fauji, una golosina militar que pondría a prueba sus propios escrúpulos. Los capitalistas encarcelados fueron puestos en libertad y los políticos abochornados exhalaban un suspiro colectivo de alivio, volviendo a sus negocios como si tal cosa.

Una economía escorada

Si la destitución de Amjad había complacido a los capitalistas locales, el nombramiento del banquero neoyorquino Shaukat Aziz como ministro de Hacienda le ganó a Musharraf la simpatía del FMI. La economía pakistaní se ha visto paralizada durante mucho tiempo por los exorbitantes gastos de defensa, que junto a los escasos ingresos fiscales han conducido a una escalada espectacular del coste del servicio de la deuda exterior. En 2001, el servicio de la deuda y la defensa absorbieron dos terceras partes del gasto público: 257.000 millones de rupias (4.200 millones de dólares) y 149.600 millones de rupias (2.500 millones de dólares) respectivamente, frente a un total de ingresos fiscales de 414.200 millones de rupias (6.900 millones de dólares). En un país con uno de los peores sistemas educativos de Asia —el 70 por 100 de las mujeres y el 41 por 100 de los hombres son oficialmente analfabetos— y en el que prácticamente no existen cuidados sanitarios para más de la mitad de la población, sólo quedaban para planes de desarrollo 105.100 millones de rupias (1.750 millones de dólares).

Durante la década de 1990 el FMI había reprendido a los gobernantes civiles por no cumplir sus promesas de reestructuración. El régimen de Musharraf, en cambio, se ganó admiradas alabanzas a partir de 1999 por seguir la orientación del FMI «pese a las penalidades que suponían para el pueblo las medidas de austeridad»⁵. La pobreza y la desesperación en

⁵ ECONOMIST INTELLIGENCE UNIT, *Pakistan, Afghanistan*, Londres, 2002, p. 18.

las hacinadas barriadas urbanas y en las zonas rurales –el 67,5 por 100 de la población– se exacerbaban aún más. Unos 56 millones de pakistaníes, cerca del 40 por 100 de la población, viven ahora por debajo del umbral de pobreza; ese número ha crecido en 15 millones desde que Musharraf se hizo con el poder. De las cuatro provincias de Pakistán, el Punjab, con el 60 por 100 de la población, ha seguido dominando política y económicamente el país, y son los punjabíes los que ocupan los escalones superiores del ejército y la burocracia y canalizan cualquier eventual desarrollo hacia proyectos locales. La región de Sind, con el 23 por 100 de la población, y Baluchistán (5 por 100) siguen sin recibir fondos, agua ni electricidad, mientras que la suerte de la frontera del noroeste se ha ido vinculando cada vez más a la economía de la heroína.

El problema es estructural. La economía descansa sobre una base productiva muy exigua y muy dependiente de las variables cosechas de algodón y de la industria textil, de bajo valor añadido; la irrigación es deficiente y la erosión del suelo y la salinidad, muy generalizadas. Más perjudiciales todavía son las paralizantes relaciones sociales en el campo. La baja productividad de la agricultura sólo se podría mejorar mediante la puesta en práctica de una seria reforma agraria, pero la alianza entre el Estado caqui y los terratenientes locales la hace prácticamente imposible. Como señalaba un reciente informe de la Economist Intelligence Unit sobre Pakistán:

El cambio se ve obstaculizado no sólo porque el *statu quo* beneficia a los ricos propietarios de tierras que dominan el sector, así como a los parlamentos provinciales y federal. Los grandes terratenientes poseen el 40 por 100 de las tierras cultivables y controlan la mayoría de los sistemas de irrigación, aunque evaluaciones de agencias independientes, entre ellas el Banco Mundial, muestran que son menos productivas que las de los pequeños propietarios. También pagan pocos impuestos, se endeudan mucho y son malos pagadores⁶.

Esta economía debilitada se ha visto más lastrada aún, durante décadas, por el enorme aparato militar pakistaní. Por «razones de seguridad» sus costes nunca se detallan en los documentos oficiales y sólo se explicita la suma global. En Pakistán, la pretensión de cualquier institución electa de inmiscuirse en los asuntos militares siempre se ha visto ásperamente entorpecida. La ciudadanía sigue sin conocer cómo se distribuye la suma anual de 2.500 millones de dólares entre el ejército (550.000 hombres, con más de dos mil tanques y dos divisiones acorazadas), la fuerza aérea (diez escuadrones de caza de cuarenta aviones de combate cada uno, así como sistemas de misiles franceses y estadounidenses) y la armada (diez submarinos y ocho fragatas), dejando a un lado lo que se gasta en armas nucleares y sistemas de lanzamiento.

⁶ *Ibid.*, p. 26.

Keynesianismo militar

Esta falta de transparencia se extiende a la maraña de empresas con pérdidas dirigidas por el ejército. La más antigua de ellas es la fundación Fauji, creada en 1889 para acoger a los militares retirados. Desde entonces se ha ido convirtiendo en un conglomerado gigante que posee participaciones en los sectores azucarero, energético, de producción de fertilizantes, cereales, cemento, etc., cuyo valor total alcanzan los 9.800 millones de rupias. El Fondos de Bienestar del Ejército, creado en 1977 bajo la dictadura del general Zia, controla empresas inmobiliarias, arrocías, caballerizas, industrias farmacéuticas, agencias de viaje, piscifactorías, seis planes diferentes de ahorro-vivienda, compañías de seguros, una empresa de equipo para aviación y el muy servicial y complaciente Banco Comercial Askari, muchos de cuyos altos directivos trabajaron antes en el desprestigiado Banco de Crédito y Comercio Internacional; los activos del FBE se han evaluado en 17.000 millones de rupias. Los jefes de la fuerza aérea y de la armada también cuentan con sus propios pesebres: las fundaciones Shaheen y Bahria.

Muchas de esas empresas se han visto envueltas en escándalos de corrupción, aunque éstos sólo suelen aparecer a la luz pública cuando a empresarios civiles demasiado ávidos se les va la mano en los sustanciosos negocios que hacen con ellas o cuando la caída de un gobierno pone al descubierto sus turbios tratos. El marido de Benazir Bhutto, Asif Zardari, estuvo implicado a través de un intermediario en una estafa a la fundación Shaheen de la fuerza aérea, relacionada con una dudosa inversión en medios de comunicación. En otro caso se supo que cierto hombre de negocios había sobornado a altos mandos de la Marina con el fin de defraudar a la fundación Bahria en un negocio de urbanización de terrenos. Un abogado pidió al Tribunal Supremo que prohibiera toda utilización de emblemas del ejército, la armada y la fuerza aérea en la empresa privada. Demostró que las fundaciones militares estaban contraviniendo la Ley de Empresas de 1984, y las acusó, a ellas y a sus socios, de colusión y corrupción, pidiendo al tribunal que ilegalizara toda actividad comercial de las fuerzas armadas. Incapaces de responder a sus argumentos, los jueces archivaron el caso alegando un tecnicismo jurídico, revelando con ello su subordinación al color caqui.

Contrariamente al muy difundido mito de que al menos el ejército hace funcionar bien las cosas (según un admirador de la *London Review of Books*, es «quizá la única institución moderna y eficaz que posee Pakistán»), una detallada investigación de Ayesha Siddiq-Agha ha revelado recientemente que la mayoría de esos negocios son deficitarios y que los generales succionan fondos del inflado presupuesto de defensa para compensar las pérdidas⁷.

⁷ A. Lieven, «In Pakistan», cit.; Ayesha SIDDIQ-AGHA, *Pakistan's Arms Procurement and Military Build-up, 1979-99: In Search of a Policy*, Londres, 2001. Véase también su artículo «Power, Perks, Prestige and Privileges: Military's Economic Activities in Pakistan», presentado en una conferencia internacional sobre «Soldiers in Business: Military as an Economic Actor», celebrada, cómo no, en Yakarta en octubre de 2000.

Los militares ignoran también por completo los sistemas modernos de contabilidad: sus libros tienden a ignorar factores como los costes de personal y de los servicios, y en cualquier caso a los auditores del gobierno se les aconseja que no los examinen demasiado escrupulosamente. Entretanto, su dominio absoluto sobre muchas áreas de la economía estrangula el desarrollo normal. En los sectores de la construcción y el transporte, sobre todo, la capacidad de empresas dirigidas por el ejército como la Célula Nacional de Logística y la Organización de Trabajos en la Frontera para monopolizar contratos gubernamentales, ya sea con gobiernos civiles o militares, imposibilita la participación de empresas más pequeñas.

La guerra de Musharraf contra el terrorismo

Durante 2001, como resultado del gasto desequilibrado, el estancamiento de los sectores agrícola e industrial y la mala gestión de los militares, el país gemía bajo la carga de una deuda pública externa de 27.000 millones de dólares. Entonces sucedió el 11 de septiembre. Afortunadamente para Washington, el ejército ya estaba en el poder en Pakistán, lo que ahorró al Pentágono y a la CIA el tiempo y la energía necesarios para organizar un nuevo golpe militar. En aquel momento de tensión, la continuidad institucional debió de ser tranquilizadora⁸. Mientras los B-52 volaban hacia sus nuevas bases en Kirguizistán y se reactivaban para el uso del Servicio Especial emplazamientos secretos a lo largo de la frontera de Baluchistán, el FMI aprobó un crédito por tres años de 1.300 millones de dólares para la reducción de la pobreza y facilitó la renegociación de más de 12.000 millones de dólares de deuda, lo que supuso un gran alivio presupuestario para Pakistán y permitió a su banca pública constituir reservas sin precedentes en divisas extranjeras (unos 7.000 millones de dólares en julio de 2002). Para esa fecha el FMI también había desembolsado créditos blandos que totalizaban alrededor de 400 millones de dólares.

De la noche a la mañana, Musharraf se había convertido en *halal* [en el islam, autorizado, lícito] para Occidente y era alabado por Bush y Blair con el mismo entusiasmo con el que Reagan y Thatcher habían saludado a Zia y a los amigos [afganos] de Osama bin Laden. En cuanto al alto mando del ejército, compartía la opinión de que la renacida alianza con Washington significaba un duro golpe para el enemigo indio. La elite civil pakistaní también se mostraba jubilosa. Ahora al menos ya no eran parias. Una nueva guerra imperial, con su propio ejército como principal instrumento y la totalidad del país como base de operaciones, significaba que se les necesitaba de nuevo. El ala más liberal de la elite soñaba con un eje permanente Pentágono-Musharraf que destruiría para siempre la temi-

⁸ «Antes del 11 de septiembre el principal problema de Musharraf es que era un dictador; ahora es su principal activo», exclamaba alborozado Christopher de BELLAIGUE: «The Perils of Pakistan», *New York Review of Books*, 15 de noviembre de 2001.

da influencia de los islamistas en Pakistán. Olvidando las muchas veces que sus esperanzas se habían visto traicionadas en el pasado, sus representantes viajaron a Washington para rogar que la región nunca volviera a ser abandonada sin protección. Por su parte, emisarios de los políticos en desgracia Nawaz Sharif y Benazir Bhutto recorrían patéticamente Foggy Bottom [distrito residencial de Washington] suplicando una y otra vez a los funcionarios inferiores del Departamento de Estado que no confiaran en el ejército.

No está claro qué papel desempeñó exactamente el ISI durante ese periodo. En su aparición en televisión el 19 septiembre, Musharraf había indicado que su compromiso con la guerra de Washington contra el terrorismo sería recompensado no sólo con dinero sino con un apoyo estadounidense a las aspiraciones nuclear y cachemirí de Pakistán («nuestras preocupaciones críticas», como él mismo dijo)⁹. Ya en noviembre de 2001 India protestó por el incremento de la infiltración respaldada por Pakistán en Cachemira. El 13 de diciembre hombres armados supuestamente vinculados con Jaish-e-Mohammad, organización paramilitar financiada por el ISI, atacaron el edificio del parlamento indio en Delhi, matando a nueve personas. La tensión creció rápidamente y ambos países movilizaron cerca de un millón de soldados a lo largo de su frontera común, en una militarización de masas al servicio de intereses políticos retrógrados en ambos bandos.

Democracia caqui

En este momento, la popularidad de Musharraf había comenzado a escorarse asimétricamente: cuanto más le apreciaba el Departamento de Estado, menos inclinado se sentía a emprender ninguna medida seria en el país, y menos aún a poner en práctica la «verdadera democracia» que había prometido. Por el contrario, al igual que sus predecesores los generales Ayub y Zia, el jefe ejecutivo intentó ahora hacerse invulnerable. Dejando a un lado por un tiempo su uniforme, se vistió con la ropa típica del país, a la que añadió un turbante particularmente ridículo, e inició su carrera política en una asamblea «pública» constituida por campesinos-siervos transportados en autobús a una gran explanada por un terrateniente amigo del Sind. El referéndum es un arma de larga tradición para los dictadores en busca de legitimación; la decisión de Musharraf de amañar en su favor el plebiscito de abril de 2002 desilusionó hasta a sus seguidores liberales más ardientes. La mayoría del electorado se quedó en casa mientras que los empleados públicos, soldados y siervos acudían en tropel a las urnas y transformaban al jefe ejecutivo en presidente electo del país.

La siguiente etapa era igualmente predecible. Lo único que necesita cualquier dictador para proporcionar a su régimen una fachada civil es un

⁹ http://news.bbc.co.uk/2/hi/not_in_website/syndication/monitoring/media_reports/1553542.stm.

partido político. Sin vacilar, los aduladores de Musharraf le prometieron moldear a partir de los restos del pasado un instrumento manejable. Como a una cortesana jubilada, a la Liga Musulmana –partido fundacional del país– se le dio una ducha, se la empolvó con afeites y se le puso una nueva peluca antes de ser mostrada a la creciente cola de potenciales pretendientes. El apelativo cariñoso elegido por Ayub para su partido fue la Liga de la Convención Musulmana; Zia prefirió llamarlo Liga Musulmana de Pakistán, permitiendo a la familia Sharif manejarlo en su nombre. Musharraf, que se había deshecho de los Sharif, necesitaba una nueva denominación. Algún contemporizador sugirió la de Liga Musulmana Quaid-i-Azam¹⁰, y así se constituyó esa nueva-y-antigua entidad que entró en las listas como partido de Musharraf en las elecciones generales de octubre de 2002. Su personal era gente muy conocida, carreristas y aprovechados de todo tipo. En las zonas rurales, se sumaron a él los viejos terratenientes acomodados, dispuestos a complacer al nuevo líder; en las ciudades, notables locales que habían acumulado grandes sumas de dinero, a menudo mediante procedimientos ilegales, facilitando los intercambios de poder e influencia. Si en el pasado el padre o el tío habían apoyado a Ayub o a Zia, ahora el hijo o el yerno estaban dispuestos a actuar como puntal de Musharraf. Frente a la apatía de las masas, la burocracia ejercitada en el arte de la manipulación electoral se dispuso a asegurar el resultado apetecido.

Los resultados de las elecciones de octubre fueron mucho más apretados de lo que se preveía. Pese a la elevada abstención –por encima del 80 por 100 según la Comisión de Derechos Humanos de Pakistán– y el diestro pucherazo, la Liga Musulmana (Q) oficial no alcanzó la mayoría absoluta en la Asamblea Nacional, obteniendo 115 escaños de 324, principalmente en su tradicional bastión del Punjab. El Partido Popular de Pakistán de Benazir Bhutto consiguió 80 escaños –también concentrados en su reducto del Sind– y los restos de la Liga Musulmana que habían permanecido leales a Nawaz Sharif lograron 19. Los que sí se alzaron con un gran triunfo fueron los islamistas, que con 66 escaños para su frente unido Muttahida Majlis-e-Amal (MMA-Conferencia de Acción Unificada) obtuvieron su resultado más elevado en la historia de esta república islámica, barriendo en las regiones de lengua pastún a lo largo de la frontera con Afganistán. Sus coloridos turbantes y luengas barbas cambiaron literalmente el aspecto de la Asamblea Nacional. Cierta es que les benefició el sistema de mayoría simple heredado de la madre de los todos los parlamentos; pero también a Thatcher y a Blair les vino muy bien y no se les oyó una queja. La MMA también resultó ser la fuerza política más importante a escala provincial en la frontera del noroeste, con una influencia dominante en Baluchistán: los gobiernos pro-

¹⁰ Quaid-i-Azam «el líder supremo» era el apelativo con que sus devotos seguidores conocían al primer gobernador general y padre fundador de Pakistán tras la separación de la India, Mohammed Ali Jinnah [fallecido el 11 de septiembre de 1948]. El título perduró y es hoy día más conocido que su propio nombre; en las publicaciones pakistaníes se suele hablar de Jinnah simplemente como «el Quaid».

vinciales de Peshawar y Quetta están presididos ahora por primeros ministros islamistas.

Los intermediarios del poder que actuaban por cuenta de Musharraf consiguieron finalmente establecer una coalición federal que excluía a la MMA. Un bloque de miembros del PPP se escindió de su organización seducido por la promesa de importantes puestos en el gobierno. Mir Zafarullah Khan Jamali, terrateniente baluchí entusiasta del hockey, responsable de la brutal represión de los campesinos en 1977 –diez de ellos murieron en choques con la policía– fue nombrado primer ministro de Musharraf. Jamali ya había estado a punto de ocupar ese puesto dos décadas antes, con el general Zia, pero éste no era aficionado al hockey y prefirió al amante del críquet Nawaz Sharif como factótum. Dado que el 70 por 100 de los miembros del nuevo gobierno de Musharraf, incluido Jamali, había figurado de forma destacada en la lista de políticos corruptos del general Amjad, el generalizado escepticismo público no podía sorprender a nadie. Lejos de regenerar la democracia, las elecciones caquí habían puesto al desnudo la sórdida realidad de la política pakistani: una gran mayoría se siente privada de derechos y ajena a quienes gobiernan en su nombre.

La propia campaña electoral había sido muy apagada, por no decir totalmente apolítica. Los principales partidos no se diferenciaban en cuestiones ideológicas o políticas, ya fuera en el ámbito doméstico o internacional. El Partido Popular abandonó hace tiempo su populismo. Benazir Bhutto, acusada en Pakistán de corrupción, intentó gobernar desde su base en Dubai mediante un intermediario, Makhdoom Amin Fahim, terrateniente endiosado del Sind. Político y clérigo todo en uno, Fahim no es precisamente un liberal en cuestiones sociales. Como rasgo llamativo, incluso en Pakistán, sus cuatro hermanas están casadas con el Corán¹¹. Como para las diferentes Ligas Musulmanas ofertadas, la única preocupación del PPP era ampliar su poder como medio para extender su patronazgo y su clientela.

Maulana Diesel

La alianza islamista, por su parte, no estaba en desacuerdo con los demás partidos en cuanto a las prescripciones del FMI para la economía –se trata, después de todo, de una lectura neoliberal del Corán–, pero hizo

¹¹ La familia de Fahim asegura descender de los primeros musulmanes que llegaron al subcontinente indio, los seguidores de Muhammad bin Kasim que se apoderaron del Sind en 711. En los primeros tiempos del islam las mujeres poseían y heredaban las propiedades en igualdad con los hombres, tradición que arraigó en parte del Sind. Los terratenientes concibieron una ingeniosa solución para impedir que las mujeres se casaran fuera la familia, lo que podía conducir a un reparto de las propiedades, casando literalmente con el Corán a las jóvenes herederas, de forma parecida a las monjas esposas de Cristo. Eso preservaba la virginidad de las chicas, lo que a su vez les otorgaba poderes mágicos de curación; pero sobre todo garantizaba que la propiedad permaneciera bajo el control de sus padres y hermanos. El problema planteado por las cuatro ricas hermanas del líder del PPP fue así piadosamente resuelto.

una enérgica campaña en defensa de la ley islámica y contra la presencia estadounidense en la región. No había día sin que el titular de algún periódico no reflejara la hostilidad de Maulana Fazl ur Rehman, líder de la MMA, hacia los soldados norteamericanos: «Fazl pide la expulsión de los comandos estadounidenses de las áreas tribales», «Fazl: Inclinación occidental a iniciar el choque de civilizaciones», «Fazl dice que la soberanía ha sido hipotecada a Estados Unidos», «Fazl exige que cesen las operaciones del ejército estadounidense», «Fazl reclama la retirada de las tropas estadounidenses», «La MMA pretende bloquear la persecución de Al Qaeda», etc.¹² Gran parte de esas afirmaciones eran puras bravatas, pero resultaron electoralmente útiles. El propio Maulana admitía que no era la religión lo que le había aportado nuevos apoyos, sino su actitud en política exterior. En sus discusiones con Musharraf declaró su disposición a establecer con él una coalición si lo nombraba primer ministro. Cuando el general señaló que su antiamericanismo planteaba un serio problema, se dice que el clérigo replicó: «No se preocupe por eso ahora. Hemos trabajado con los estadounidenses en el pasado. Hágame primer ministro y yo lo resolveré todo». Esa oferta fue rechazada.

La MMA es una alianza de seis partidos, cuyos dos principales pilares son el Jamaat-Ulema-Islam –Partido de los Estudiosos Islámicos– y el Jamaat-i-Islami, o Partido Islámico. Tanto uno como otro han venido actuando durante décadas, principalmente en las regiones fronterizas de la PFNO [Provincia Fronteriza del Noroeste, o de Sarhad] y Baluchistán. El JUI se consideraba tradicionalmente a sí mismo antiimperialista y formó gobiernos de coalición con partidos laicos radicales durante la década de 1970, bajo el liderazgo de Maulana Mufti Mahmood, el padre de Fazl. Siempre había sido hostil al JI –considerándolo un instrumento de las embajadas estadounidense y saudí en Islamabad– y se había opuesto a las dictaduras militares de Ayub y Zia. Mufti Mahmood acudió a las conferencias de paz de Moscú y Pekín; murió pocos años antes del colapso del mundo comunista y su hijo heredó el partido. En sus años de estudiante Fazl se interesó por la poesía, escribiendo versos en pastún y urdu, y declaró públicamente que su poeta favorito era el izquierdista Faiz Ahmed Faiz. Tras la muerte de su padre prosiguió la política de éste, colaborando estrechamente con el gobierno de Benazir Bhutto a mediados de la década de 1990. Pero mientras que lo más lejos que había ido el viejo Mufti en busca de estipendios había sido a esas conferencias internacionales, el hijo, como corresponde a los nuevos tiempos, se orienta más directamente hacia el mercado. A cambio de su apoyo activo a la señora Bhutto obtuvo una lucrativa concesión para comercializar gasóleo que cubría gran parte del país, y tras la victoria pakistalibán también la mayor parte de Afganistán, por lo que se le conoce con el apodo de Maulana Diesel.

¹² *News*, 12 de mayo de 2002 y 3 de junio de 2002; *Dawn*, 12 de mayo de 2002; *News*, 25 de mayo de 2002; *Daily Times*, 16 de octubre de 2002; *News*, 27 de noviembre de 2002.

El barbudo y corpulento Diesel se convirtió pronto en el gran favorito del general Naseerullah Babar, ministro del Interior de Benazir Bhutto y arquitecto del triunfo talibán en Kabul. Los vínculos políticos, ideológicos y comerciales de Fazl con los líderes talibanes siempre fueron estrechos, permitiéndole desbordar a sus rivales locales del JI, cuyo peón Gulbuddin Hekmatyar (muy agasajado por Reagan y Thatcher durante la década de 1980) había sido eficazmente marginado por los nuevos clérigos de Kabul. Tras el ataque estadounidense a Afganistán la mayor parte de los talibanes se infiltraron en Pakistán atravesando las montañas a lo largo de la frontera común. Muchos de esos refugiados se unieron a las filas del JUI y otros partidos islamistas, y el JUI se llevó la palma en la organización de mítines de masas contra los «ocupantes extranjeros». Fazl se dio cuenta de que, dado el sistema electoral de mayoría simple, los islamistas podían ser barridos electoralmente si seguían divididos. La Alianza se estableció por iniciativa suya y fue cumplidamente elegido como secretario general, aunque con sus 49 es 15 años más joven que su principal rival en la coalición, Qazi Hussain Ahmed.

Los huérfanos que dejó Zia

La elección de Qazi Hussain como emir del Jamaat-i-Islami supuso un cambio generacional en la organización, que desde su fundación en 1941 había permanecido bajo control de su fundador Maulana Maudoodi y el lugarteniente de éste, Mian Tufail¹³. Mientras que el JUI era populista, tenía apoyo en las aldeas y colaboraba con la izquierda, el JI se adecuó al modelo de partido leninista de cuadros. Sus militantes eran cultos y cuidadosamente seleccionados, siendo la mayoría de ellos estudiantes de origen urbano y pequeñoburgués. Muchos de ellos participaron en las luchas universitarias de las décadas de 1960 y 1970. En la semiinsurrección de 1968-1969 que derrocó la dictadura de Ayub la izquierda dominaba los comités de acción que dirigieron aquel combate. Apoyar al JI en aquel tiempo requería un compromiso real con la causa. Su divisa era: la religión es nuestra política y la política nuestra religión.

Qazi Hussain, líder del grupo estudiantil del JI en el Islamia College de Peshawar, pasó sus años de formación en batallas –algunas de ellas físicas– contra la izquierda. Se incorporó a la organización adulta en 1970, cuando la rama del JI en Pakistán oriental colaboraba plenamente con el ejército en su intento de aplastar la nación bengalí. Sus cuadros en Dhaka, Chittagong y Sylhet confeccionaron listas de «indeseables» para la inteligencia militar, utilizadas luego para eliminar a la oposición. Por aquel entonces solían gritar a la izquierda bengalí: «¡Nos apoya el presidente Mao, no vosotros!». Tanto China como Estados Unidos apoyaron el brutal ata-

¹³ Para un repaso más detallado del Jamaat-i-Islami véase mi *Clash of Fundamentalisms: Crusades, Jibads and Modernity*, Londres y Nueva York, 2002, pp. 174-181 [ed. cast.: *El choque de los fundamentalismos: cruzadas, yibads y modernidad*, Madrid, Alianza Editorial, 2002].

que del ejército pakistaní contra su propio pueblo, con el que pretendía anular la espectacular victoria electoral en 1970 de la Liga Awami, partido nacionalista bengalí. La carnicería del ejército se volvió contra él; la independencia de Bangladesh es el resultado directo de la negativa de los militares a reconocer la voluntad del electorado. Dado ese hecho, la imagen que el ejército alimenta de sí mismo como única institución que mantiene unido al país parece un sarcasmo.

El papel del JI en la escisión de Pakistán en 1971 tuvo el efecto de acercarlo a los aparatos de inteligencia del Estado. Cuando Zia tomó el poder seis años después y se unió a la *yihad* estadounidense en Afganistán, el JI se convirtió en el principal pilar ideológico del régimen militar. Qazi Hussain defendió ese nuevo viraje; se apreció su habilidad y comenzó su ascenso en el aparato del JI. Después de trabajar como profesor de geografía, abandonó la mal pagada faena académica para abrir un Almacén Médico Popular en la plaza Soekarno de Peshawar. Esa tienda no sólo servía como lugar de encuentro informal para los cuadros locales de JI, sino que resultó una exitosa operación comercial, a la que pronto se unirían un Laboratorio Médico Popular y una Clínica de Rayos X Popular¹⁴. Con ello quedó claro que aspiraba a un Jamaat-i-Islami más popular. Hussein sabía que no era fácil para un partido de vanguardia, que siempre se había enorgullecido de su carácter elitista, reestructurarse y cobrar un estilo más accesible; tanto en la política como en los negocios existe siempre un elemento de riesgo cuando uno decide expandirse. Probablemente estudió tan cuidadosamente su decisión de unirse a la alianza islamista en 2002 como el corte y arreglo de su barba blanca (en notorio contraste con la descuidada variedad entrecana de Maulana Diesel).

¿Un giro retórico?

Incapaz de ejercer una oposición seria, ya sea a Musharraf o a sus patrocinadores de Washington, la MMA concentra su fuego contra las mujeres. Ha declarado su intención de prohibir los canales de televisión por cable y la educación mixta y de instituir la *shari'a* en las provincias que tiene bajo su control. Dado el desastre que originó una versión más extremada de ese programa en Afganistán, podría tratarse únicamente de una retórica destinada a mantener embriagados a sus seguidores e incómodo al ocupante de la Casa Presidencial. Puede que el MMA recibiera cierta ayuda de sectores del ISI, pero de lo que no cabe duda es de que su triun-

¹⁴ Estas instalaciones médicas proporcionan indudablemente notables ganancias, pero también cubren una función política. A los pobres se les da a veces medicinas y tratamiento gratis, lo que favorece la imagen del JI. El año pasado, en El Cairo, un parlamentario islamista proclamó que su organización controlaba la dirección del sindicato de médicos. Estuvimos conversando con él en su clínica, donde la mayoría de los que querían verle eran pobres. Como algunos sectores de la iglesia latinoamericana, esos islamistas tratan de cubrir las funciones de bienestar desmanteladas por el Estado. Los efectos son limitados, pero no debería subestimarse su impacto psicológico.

fo ha forzado al régimen a liberar a más militantes islamistas, encarcelados cuando Musharraf se unió a la «guerra contra el terrorismo»; algunos de los terroristas sunníes intransigentes responsables de espantosas atrocidades contra la minoría shíí y comunidades cristianas habían sido liberados ya antes de las elecciones.

Más sorprendente fue el éxito de la MMA en noviembre 2002 en arrastrar prácticamente a toda la Asamblea Nacional –sólo hubo dos excepciones– a observar un minuto de silencio en memoria del «mártir Aimal Kansí», cuyo cuerpo había sido devuelto a Pakistán tras su ejecución en una penitenciaría federal estadounidense por el asesinato de dos funcionarios de la CIA en Virginia en 1993¹⁵. Antes de eso, unas 70.000 personas habían acudido a los funerales de Kansí en Quetta, organizados también por la MMA. ¿Por qué acordó la Asamblea Nacional ese homenaje póstumo? Pakistán sigue manteniendo la pena de muerte, por lo que difícilmente podía tratarse de una protesta liberal. La respuesta, bien simple, es que el éxito de la MMA ha inquietado a sus oponentes, que pretenden derrotar a los islamistas en su propio terreno. El padre de Benazir Bhutto cometió un error semejante en la década de 1970 y lo pagó muy caro.

Intifada rural

Un ejemplo sobresaliente del escaso afán de los partidos políticos por defender siquiera las necesidades más elementales de la población fue su reacción frente a la lucha desarrollada durante dos años por los campesinos que trabajan en granjas estatales arrendadas al ejército. Pocos acontecimientos han mostrado tan patentemente la bancarrota de la política tradicional en Pakistán. La administración colonial británica fue la primera en arrendar en 1908 lo que se conocían entonces como «tierras de la Corona», creando granjas militares para producir grano subvencionado y productos de consumo cotidiano para el ejército británico en la India. Tras la Partición, la gestión de las granjas –dispersa entre Lahore, Okara, Sahiwal, Khanewal, Sargodha y Multan, principalmente en el Punjab meridional– pasó al Ministerio de Defensa y al gobierno provincial. El ejército controlaba 10.632 hectáreas y las 13.000 restantes se arrendaron a la Corporación de Semillas del Punjab. Las familias campesinas que trabajan en esas granjas descienden directamente de los primeros arrendatarios

¹⁵ Kansí y su padre fueron reclutados en Baluchistán para trabajar para la CIA durante la primera guerra afgana (1979-1989). Una vez que Estados Unidos había alcanzado sus objetivos en la región, despidió a la mayoría de sus agentes ociosos, aunque siguió trabajando con el ISI. La familia de Kansí –que esperaba quizá una pensión– se sintió traicionada. Kansí voló a Estados Unidos para vengar la ofensa, matando a dos importantes funcionarios de la CIA, tras lo cual regresó a Pakistán. En cualquier caso, parece que se trataba de un agente bien entrenado, y el mérito es de la CIA. Se ofreció una gran recompensa por su captura y acabó siendo traicionado por su cuñado, detenido por el ISI y entregado a las autoridades estadounidenses. ¿Nadie escribirá un guión para Hollywood?

que se establecieron en ellas en 1908. El 40 por 100 son cristianos: mezquitas e iglesias funcionan codo con codo. Los partidos religiosos han fracasado miserablemente en esas regiones y desde la década de 1970 los campesinos solían votar por el Partido Popular. Pero eso se acabó.

La fusión *de facto* entre ejército y Estado, prácticamente a todos los niveles, ha tenido como consecuencia que los generales actúen en esa región como un terrateniente colectivo, el mayor del país, determinando las condiciones de vida de poco menos de un millón de arrendatarios, a los que los funcionarios del Estado caqui amedrentaban y estafaban con frecuencia: les negaban permiso para construir casas de ladrillo, molestaban a sus mujeres y había que obtener su aprobación –pagando por ella– para conseguir electricidad en los pueblos o construir escuelas y carreteras. La extorsión estaba institucionalizada y los arrendatarios se veían cada vez más endeudados. El propósito evidente de esa explotación implacable era expulsarlos de la tierra para poder dividirla en parcelas privadas para generales y jefes en activo o retirados, que más tarde contaban con volver a emplearlos como siervos: eso sería mejor para todos. El propósito de esta «modernización» –en Okara y Sargodha como en Río Grande do Sul– era, por supuesto, la desregulación y privatización y la destrucción de la solidaridad entre campesinos.

Las autoridades, militares y civiles, han tratado de debilitar el derecho de los arrendatarios a la tierra ofreciéndoles contratos a corto plazo y sustituyendo el *battai* –acuerdo para repartir las cosechas que permitía a los arrendatarios retener la mitad de lo que producían– por rentas en dinero. Hasta ahora, la Ley de Tenencia punjabí establecida por la administración colonial en 1887 había protegido sus derechos: los arrendatarios varones y sus descendientes directos que hubieran cultivado la tierra durante más de dos generaciones tenían derecho a permanecer en ella indefinidamente; era ilegal expulsarlos de la tierra. Pese a la miseria infligida a sus familias, los campesinos han superado todos los intentos de dividirlos según líneas religiosas, permaneciendo unidos en una sola institución, la Anjuman-i-Muzaireen Punjab, u Organización de Arrendatarios del Punjab, creada en 1996.

En junio de 2000, sin consulta previa, los terratenientes militares anunciaron la conversión del sistema de aparcería en renta monetaria. Los campesinos se sintieron agraviados. Todas las noches realizaban asambleas informales para organizar la resistencia, en las que participaban también las mujeres y los niños, que iban a jugar un papel de primera línea en aquella *intifada* rural. Irritados por el acoso diario, los campesinos no se limitaron a defender el *statu quo ante* y respondieron reivindicando el derecho de propiedad sobre la tierra que ellos y sus familias habían labrado durante décadas. Su lema, *Malkiyat ya Maut* «Propiedad o muerte», se hacía eco de luchas similares en otros continentes. La primera protesta pública tuvo lugar el 7 de octubre de 2000: una sentada de cuatro horas en el césped frente a la oficina del vicecomisario de Okara –el segundo burócrata más poderoso de la ciudad– de un millar de campesinos que protestaban contra la nueva disposición. Dos días después, el vicedirec-

tor de las granjas militares llamó al jefe de policía local y le comunicó que los campesinos amenazaban con emplear la violencia y que en algunas aldeas habían impedido a los gestores recoger (confiscar) madera. La Policía de Fronteras y la Guardia Rural –cuya función principal consiste en evitar el contrabando a través de la frontera india– llegaron al pueblo y comenzaron a maltratar a los campesinos. Cuando las mujeres y los niños vieron cómo apaleaban y pateaban a sus padres, hermanos y maridos, salieron de sus casas arrojando piedras contra la policía; al final detuvieron a varios activistas.

Cuando llegaron a las aldeas próximas las noticias del enfrentamiento, las protestas comenzaron a crecer. Los intentos de las autoridades de dividir o sobornar a los campesinos fracasaron. En la primavera de 2002, la Guardia Rural abrió fuego sobre unos manifestantes matando a varios de ellos. Los organizadores fueron detenidos y golpeados a la vista de sus familias. Las mujeres –cristianas y musulmanas– organizaron una marcha hasta Okara enarbolando las palas de madera que utilizan para golpear la ropa cuando la lavan en el río y rodearon la comisaría de policía. Nunca se había visto nada igual. El ejército se dio cuenta de que, a menos de provocar una matanza, podía tratarse de una lucha prolongada. Paradójicamente, la gran presencia de cristianos descartaba un baño de sangre, ya que podía enojar a sus correligionarios de la Casa Blanca. El 9 de julio de 2002 un millar de policías y guardias rurales armados rodearon el pueblo de Pirowal. El asedio duró siete horas, pero la policía no logró capturar a los organizadores, pese a las amenazas de quemar toda la cosecha de algodón del pueblo. Habían subestimado el poder de la solidaridad campesina.

Con muy duras palabras, un editorial del diario *Dawn* de Karachi comentaba el 24 de junio de 2002:

Para volver a conquistar la confianza de los campesinos recelosos y exasperados, habría que retirar inmediatamente las fuerzas de policía enviadas para hostigarlos y aterrorizarlos y abandonar cualquier idea extraviada de darles una «lección». Habría que abrir una investigación contra los funcionarios del gobierno y los gestores agrícolas que ordenaron la acción de la policía en la que se produjeron muertes [...]. Una vez que se tomen esas medidas para restablecer la confianza, el gobierno debería sentarse y negociar, quizás a través de la Organización de Arrendatarios del Punjab, cómo garantizar los derechos de propiedad que les son debidos.

Los generales ignoraron el consejo de un periódico que se había mostrado habitualmente comprensivo con sus necesidades, aprovechando por el contrario el nuevo estatus de Musharraf como aliado de confianza de Occidente para arremeter contra la OAP y aplicar a sus líderes no violentos la nueva legislación «antiterrorista», en el mismo momento en que auténticos terroristas, que en un momento u otro habían estado al servicio de los servicios de inteligencia militares, estaban siendo puestos en libertad. Pese a que Pakistán ha sido durante el último año un tema recu-

rente para los expertos de los medios de comunicación occidentales –Thomas Friedman, del *New York Times*, se pavoneaba de su íntimo conocimiento de la situación en la frontera–, ninguno de los periodistas de visita por el país consideró digna de atención esa lucha. Distraía de la única historia que querían contar: el fundamentalismo. En realidad, como han demostrado los campesinos de la OAP, los *mulás* se ven por supuesto marginados cuando la gente no los asocia con sus necesidades reales. Durante la campaña de los dos últimos años, iglesias y mezquitas se han alternado como lugares de reunión. En una discusión con dos de sus líderes –el doctor Christopher John, vicepresidente primero de la OAP, y Younis Iqbal, su secretario general–, mantenida en Lahore en diciembre de 2002, ambos insistieron en que en las diferencias religiosas no habían desempeñado ningún papel en su conflicto con el Estado. En sus asambleas, Iqbal decía: «No pueden separar a musulmanes y cristianos».

La economía de la heroína

La única brecha sería en la muralla que separa a la elite civil y militar educada en inglés –con acceso a las universidades, escuelas médicas y academias militares– del resto de población, analfabeta o semialfabetizada (producto en gran medida, pero no exclusivamente, de las *madrasas*), ha sido la que ha abierto la «economía sumergida». Durante las dos últimas décadas el cultivo de la adormidera en Afganistán y la Provincia Fronteriza del Noroeste ha producido una hermosa cosecha de millonarios de la heroína. Muchos de ellos son de origen campesino o de la pequeña burguesía urbana, pero su dinero ha servido para financiar a todos los partidos políticos y ha penetrado profundamente en las fuerzas armadas, llegando a todas partes el dinero en efectivo, los Kaláshnikov y los Pajeros [Range Rovers japoneses]. A cambio, los humildes mercaderes de la heroína han recibido todo tipo de honores y demostraciones públicas de afecto. Como los «padrinos» de otros países, se aseguraron de que sus hijos recibieran una buena educación y se incorporaran a la elite. La movilidad ascendente de esa capa ha alterado ligeramente la composición de la fracción propietaria, sin cambiar prácticamente nada más. El dinero sigue siendo el gran nivelador de las capas altas de la sociedad, mientras que el precio del terreno urbano ha alcanzado alturas astronómicas: el precio de un apartamento en la Defence Colony de Karachi o en el Parade Ground, barrio de moda en Lahore, no tiene nada que envidiar al de Nueva York o Berlín.

Durante la década de 1990 la heroína se enviaba a Europa y Norteamérica por dos vías. La primera conducía desde Peshawar hasta Karachi a lo largo de la gran carretera principal, y desde allí se embarcaba hasta los puertos del Mediterráneo. La segunda, controlada por la mafia rusa, iba desde Afganistán, pasando por Asia central y Rusia, hasta los Balcanes, desde donde se hacía llegar a las capitales de Occidente. La derrota de los talibanes tras el 11 de septiembre ha supuesto el práctico colapso de las redes pakistaníes de la heroína.

La Alianza del Norte monopoliza ahora el comercio y son sus viejos amigos rusos los que prosperan, mientras que Kosovo se ha convertido en el principal punto de distribución para la mayor parte del mundo¹⁶. La economía pakistaní sólo ha podido aguantar el golpe gracias al dinero en efectivo que ha lubricado la llegada de las tropas estadounidenses.

Desde la fundación del país en 1947 el ejército pakistaní ha sido la espina dorsal del aparato estatal. La debilidad de las instituciones políticas cuando nació el Estado surgido del dominio británico, la ausencia de burguesía y el predominio de una elite rural —una excrecencia parásita del peor tipo— condujeron a una enorme dependencia de la burocracia civil y el ejército. Dado que no había un consentimiento real para el dominio de los terratenientes, éstos tuvieron que ejercer la fuerza, directa e indirectamente. Ambas instituciones fueron creadas por el poder colonial, que las formó a su imagen y semejanza¹⁷. Mientras que el funcionariado civil se enfangaba pronto en la corrupción, el ejército se mantuvo incólume algo más de tiempo, creándose la impresión de que, aunque los oficiales podían estar individualmente dispuestos al soborno —después de todo, eran humanos—, la institución en su conjunto era intachable.

Dos largos periodos de ley marcial destruyeron esa imagen. La familia del general Ayub Khan se enriqueció sin freno durante su gobierno de 1958 a 1969, como asimismo lo hicieron algunos de sus colaboradores. Y entre 1977 y 1989 al menos dos de los comandantes de Cuerpo del general Zia estuvieron implicados en el tráfico de heroína y de armas. La corrupción a menor escala se extendió por las filas inferiores. El fracaso en impedir esas prácticas no fue en absoluto accidental. Los generales adoptaron un enfoque materialista del problema, considerándolo una forma fácil de preservar la unidad del ejército. El botín no se podía repartir equitativamente, ya que eso podía promover tendencias igualitarias entre coroneles y comandantes; pero tampoco se les podía negar a los subalternos cierto unto por su papel crucial en la «protección» de Pakistán.

¿Amenaza militar?

¿Necesita Pakistán realmente unas fuerzas armadas tan voluminosas? Los ideólogos caquis insisten en que desde la Partición no ha cejado la ame-

¹⁶ No resultará una sorpresa para nadie la noticia de que los soldados y funcionarios occidentales que controlan los protectorados de los Balcanes por cuenta de los *basileus* de Washington se benefician igualmente del tráfico de heroína.

¹⁷ Las necesidades de los funcionarios civiles del Raj a partir de 1858 fueron cubiertas por el Estado colonial precisamente a fin de evitar la corrupción que había caracterizado el dominio de la East India Company y que condujo al descrédito y juicio de sus agentes más notorios, Robert Clive y Warren Hastings. La disciplina jerárquica del ejército británico en la India se combinaba con su subordinación al principal gobernante civil, el gobernador general o virrey. La única contravención a esa regla fue el famoso enfrentamiento entre Kitchener y Curzon, en el que venció el primero y el virrey más joven de la historia fue llamado a Londres.

naza militar de la India. Esa idea, como he argumentado en otros escritos, es ridícula¹⁸. En las tres ocasiones en las que ambos países han entrado en guerra –dos veces a propósito de Cachemira, y cuando se escindió Bangladesh– fue Pakistán el que tomó la iniciativa. El ejército indio podría haberse apoderado de Pakistán occidental en 1971, pero sus líderes políticos no le permitieron cruzar la frontera internacional. Hoy día, cuando ambos países poseen sistemas de ataque nuclear, es obvio que ni la cuestión de Cachemira en ninguna otra disputa puede resolverse mediante la guerra. Ni siquiera una India dominada por el chovinismo hindú y los demagogos azafranados¹⁹ puede intentar una conquista de Pakistán. ¿A quién beneficiaría? Podría ser diferente si Pakistán tuviera cantidades ilimitadas de petróleo bajo su superficie. En realidad, no existen razones de fondo para el miedo a la India. Sólo se debe a un propósito: el mantenimiento del enorme complejo militar-industrial que llega a todos los rincones del país y que sostiene la hegemonía caqui.

En realidad, la única amenaza real contra el predominio del ejército ha provenido siempre de su propio pueblo. La única ocasión en que el viejo Pakistán se mostró verdaderamente unido fue durante el levantamiento de 1969, cuando estudiantes y obreros de Dhaka y Karachi, Chittagong y Lahore derrocaron la dictadura del mariscal de campo Ayub Khan. El ejército nunca perdonó a sus ciudadanos bengalíes ese acto de traición y se embarcó en un baño de sangre cuando procedieron a elegir a los líderes que preferían. Vale la pena subrayar esa cuestión, olvidada en tantos informes recientes: que el ejército que demanda sumas tan cuantiosas para salvaguardar al Estado fue el que provocó su ruptura en 1971.

El ejército es ahora la única institución gobernante; su dominio sobre el país es total. ¿Durante cuánto tiempo se puede mantener eso? Hasta ahora ha conseguido preservar la estructura de mando heredada de los británicos: los generales pakistaníes se jactan a menudo de su inviolabilidad comparada con la de otros militares de Oriente Próximo o América Latina. Pero desde la década de 1960 han cambiado muchas cosas. El cuerpo de oficiales ya no es dominio exclusivo de la elite terrateniente, sino que la mayoría de los oficiales provienen de entornos urbanos y están sometidos a las mismas influencias y presiones que sus colegas civiles. Los privilegios los han mantenido leales, pero el proceso que

¹⁸ Véase Tariq ALI, *Pakistan: Military Rule or People's Power?*, Londres y Nueva York, 1971; *Can Pakistan Survive?*, Londres, 1983.

¹⁹ El partido Bharatiya Janata [Partido del Pueblo Indio (BJP)] es una fuerza política de derechas, autoritaria y nacionalista hindú que gobierna India en la actualidad. Ha sustituido al Partido del Congreso Nacional Indio como centro del sistema político, el cual había sido fundado en 1885 y desempeñado un papel esencial en el movimiento nacional que condujo a la independencia de la India del dominio británico. El azafrán es el color por excelencia del hinduismo: de hecho, al BJP se le conoce también como Partido Azafrán. Sobre el BJP y la actual coyuntura sociopolítica de India, véase Achin VANAIK, «La nueva derecha de la India», *NLR* 9, julio-agosto de 2001, y Susan WATKINS, «La gastronomía del azafrán», *NLR* 17, noviembre-diciembre de 2002 [N. del T.].

corrompe a los políticos también está funcionando entre ellos. Mientras que en el pasado reciente eran Nawaz Sharif y su hermano, o Benazir Bhutto y su marido, quienes pedían «compensaciones» antes de tomar una u otra decisión, ahora es la oficina del general Musharraf la que aprueba los proyectos clave.

Evidentemente, niveles altos –y hasta estratosféricos– de corrupción no suponen un impedimento a la longevidad, si un régimen militar ha amedrentado lo bastante a su población y disfruta de suficiente apoyo de Washington, como atestigua el régimen de Suharto en Indonesia. ¿Puede esperar Musharraf ese tipo de reinado? El destino de su dictadura dependerá probablemente de la interacción entre tres fuerzas principales. En primer lugar, del grado de cohesión interna del propio ejército. Históricamente nunca se ha escindido –ni vertical ni horizontalmente–, y su disciplina al efectuar un viraje de 180 grados en su política hacia Afganistán, fueran cuales fueran los edulcorantes que lo acompañaran, ha sido hasta ahora impresionante. No es imposible que algún día un oficial patriota pueda librar al país de su último tirano, del mismo modo que fue enviado misteriosamente el infierno Zia; pero por el momento tal final parece improbable. Tras superar la humillación de su abandono de los talibanes, el alto mando parece capaz de arrostrar cualquier otro acto de obediencia que se le exija desde el Pentágono.

¿Y qué decir de la oposición parlamentaria al gobierno militar? Por muy escarnecido que se sintiera Musharraf por el resultado de las elecciones de octubre, que el fraude no pudo compensar, los partidos que dominan el panorama político en Pakistán ofrecen pocas esperanzas de rebelión contra él. El cobarde oportunismo de los clanes de Bhutto y Sharif no conoce límites. El frente islámico atrincherado en Peshawar y Quetta es más ruidoso, pero no más firme: el dinero y otros privilegios pondrán sordina a sus protestas. El descontento popular sigue siendo ingente, pero carece de canales eficaces de expresión nacional. Sería agradable pensar que su ejecutoria ha desacreditado para siempre a las camarillas del PPP y de Sharif, pero la experiencia advierte de que si el régimen comenzara a hacer aguas en algún momento no sería fácil evitar que esos fénix resurjan una vez más de sus cenizas, en ausencia de alternativas más progresistas.

Por último está el gran jefe estadounidense. El régimen de Musharraf no puede aspirar a jugar el mismo papel de sátrapa regional del que disfrutó en su momento Zia. Pakistán ha quedado marginado como instrumento imperial en Afganistán, e impedido de intentar nuevas aventuras en Cachemira. Pero si bien Islamabad se ha visto forzado a una actitud más pasiva en su frontera septentrional, su importancia estratégica para Estados Unidos se ha incrementado, ya que Washington ha realizado una enorme inversión política en la creación de un régimen títere en Kabul que deberán custodiar los soldados estadounidenses «durante los próximos años» –en palabras del general Tommy Franks–, por no hablar de su cacería in-

conclusa de Osama Bin Laden y sus lugartenientes. Pakistán es un flanco vital en ambos empeños, y sus mandamases pueden aspirar a los mismos pródigos emolumentos, públicos y privados, que recibieron los militares tailandeses por sus décadas de connivencia con la guerra estadounidense en Indochina. Pero si algo caracteriza a Washington es su pragmatismo, y sabe que Benazir Bhutto y Nawaz Sharif fueron agentes tan útiles para sus designios en Kabul como el propio Zia. Si sus dificultades crecieran, Musharraf sería apartado sin aflicción por el *boss*; la *Pax Americana* puede recurrir a muchos otros subordinados. Pakistán necesitará un levantamiento de la dimensión del de 1969 para librarse de ellos.